

un pueblo que por causas desconocidas, resolvió destruirse y quiso antes hacerse aquel gran sepulcro. Los padres, añaden, mataron á sus mujeres y á sus hijos, á escepcion del mayor que mató á sus padres y se suicidó despues. Los kirghis dan á aquel pueblo el nombre de *miserables suicidas*.

Abandonando aquel lugar que nos llenaba el alma de ideas lúgubres, continuamos nuestro camino hácia el rio de Kopal, donde tuve ocasion de diseñar muchas vistas magnificas. Una de ellas era un sitio salvaje donde cae el agua en una profunda garganta con un estrépito infernal. La forma rara de aquellas rocas llama especialmente la atencion. Grandes esfuerzos hice yo por llegar hasta el pie de aquella cascada; pero me fue imposible conseguirlo por el peligro que ofrecia la superficie resbaladiza de las rocas. No lejos de allí descubrí el Tchimbulac, ó las *mil fuentes*, torrente que salta en un brrranco de mármol rojo y amarillo de extraordinaria belleza.

Piedras levantadas en la Kora.—Leyendas kirghis.

Habiendo salvado la línea de alturas, que separa la cuenca del kopal de la cuenca de la kora, llegué por el borde de este rio á un punto donde la naturaleza ha aprovechado entre el torrente y la montaña un espacio de cerca de 200 metros. A medida que avanzábamos, me preguntaba á mí misma, si tenia á la vista alguna obra de Titanes: alzábanse allí cinco enormísimas piedras colocadas en un orden que nada tenia de accidental, sino que revelaba una voluntad inteligente. Una de aquellas piedras bastante grande para servir de campanario á una iglesia, tiene 73 pies de altura sobre 24 de longitud y 19 de latitud. Alzase á 73 pasos del pie de la costa brava; su inclinacion, fuera de la perpendicular en la direccion del rio es de unos 8 pies. Los otros bloques varian entre 45 y 50 pies de altura; uno de ellos mide 15 pies de costado; los otros algo menos; hay dos completamente perpendiculares, los otros dos salen de la vertical, sobre todo uno que parece estar á punto de perder el equilibrio.

Mas grande todavía una sexta piedra yace muy cerca de allí casi enterrada y cubierta de arbustos que han arraigado en la roca. A 200 metros al Oeste, yacen otros tres bloques presentando uno de ellos una cavidad, que mas de una familia de Kopal podrian aceptar por espléndida vivienda. No lejos de este grupo se eleva un monumento de piedras, debido sin duda á la mano del hombre, pues comprende entre otros materiales una gran cantidad de bloques de cuarzo: es de forma circular, como un cimborio y tiene 42 pies de diámetro y 28 de altura. Alrededor de este monumento y á distancia de 10 pies hay colocados en círculo otros bloques de cuarzo. Yo, en verdad, me sorprendí grandemente al encontrar en

aquel valle semejante túmulo, que no podia ser el sepulcro de un jefe de la raza que actualmente habita aquella region, y que debia retroceder á tan remota antigüedad como los *tumuli* que ya habia visto en las estepas.

Mis kirghis se acercaron al sepulcro temblando y con todas las señales de la mas profunda veneracion, y cada uno de ellos dejó allí un giron de su vestido como ofrenda al espíritu del muerto. Uno de los que se cree descendiente de Gengis, escitó vivamente mi curiosidad con la relacion siguiente. Sépase ante todo que *kora* significa *encerrado, puesto bajo llave*.

«El valle del Kora estaba habitado en otro tiempo por genios poderosos, continuamente en guerra con otros genios de la misma raza, que habian elegido por habitacion diferentes regiones del Tarbagate, del Barlouck y del Gobi. Despues de sus expediciones y pillajes, hallaban siempre un retiro seguro en Kora: en la cumbre de las rocas que dominan el pais, habia siempre centinelas vigilando para anunciar con tiempo la aproximacion de los enemigos, que eran atraidos á los desfiladeros de las montañas, donde les esterminaba, aplastándolos con las rocas que se hacian rodar desde las alturas. En fin, la audacia y tiranía de los genios del Kora llegaron á ser tales, que hubo de formarse contra ellos una gran conjuracion de venganza, para la cual se contó con el demonio.

Entonces, como siempre, los centinelas anunciaron la llegada del enemigo, y se tomaron las medidas oportunas para atraerlo al fatal desfiladero. Otros dos grandes ejércitos aparecieron repentinamente dirigiéndose hácia los otros desfiladeros, y fue preciso que los genios sitiados pusieron en juego todas sus fuerzas para destruir aquellos innumerables sitiadores. Las montañas retumbaron con todo el tumulto de la guerra y el estruendo de las avalanchas. La batalla fue terrible: los genios iban ya á triunfar, cuando un ruido espantoso resonó en los senos de las montañas; una nube de flamas y humo se elevó hasta el cielo, rompiendo en rayos y truenos que repetia el eco de los valles, de las gargantas, de los cóncavos, de todas las quiebras. Aquella tormenta horrible era la artillería del infierno que vomitaba inflamadas rocas y diezmaba á los defensores del Kora, haciendo reconocer la superioridad del príncipe de las tinieblas. Espantados los genios huyeron á este valle donde nadie habia osado penetrar. Los vencedores se precipitaron detrás con el demonio á la cabeza; pero entonces desde lo alto de la montaña rodaron estrepitosos y repentinamente grandes rocas que sepultaron bajo sus despojos á los gigantes.

A consecuencia de esta batalla los genios del Kora fueron encadenados por siglos y la relacion de sus aventuras se conservó de padres á hijos.

Mas tarde un jefe de gran valor se resolvió á visitar el siniestro valle y á aun á habitar en él, á pesar de todas las reflexiones de su familia y amigos, y seguido de un gran número de compañeros atravesó las montañas, descendió al Kora y vino á acampar al fatal suelo. Plantáronse las tiendas, se degollaron las víctimas, se preparó el festin al ruido de las alabanzas que se cantaban en honor del valeroso jefe que habia osado conducir sus súbditos al valle encantado. Pero hé aquí que en medio de las alegrías, resonó ruidosamente el trueno de la tempestad, y un genio furioso, terrible, apareció blandiendo una espada fulgurante. Todos los profanos quedaron sobrecogidos de espanto.

—¡Monstruo! dijo al sultan con formidable voz, has osado venir con tus esclavos á este lugar sagrado! ¡Muere!

Y rápida como el relámpago, la espada del genio cortó y echó á rodar rocas sobre rocas sepultando á los profanos bajo su enorme peso. El escaso número de los que asistían desde lejos á tan sangrienta tragedia, huyó á llevar la noticia á la familia y tribu del sultan. Las mujeres inconsolables, vistieron luto por espacio de muchos años. Un espíritu llamado la *Mujer blanca* tuvo, por fin piedad de su dolor, y por su intercesion pudo al cabo la desolada tribu levantar un sepulcro en el valle fatal, donde ningun kirghis ha osado desde entonces apacentar sus ganados.

Caverna de Satanás.—Fauno del Alatj.—El Maral.

El nombre del genio del mal hace un papel muy importante en las leyendas de los kirghis y en su vocabulario geográfico. No hay en el Alatj abismos insondables ó grutas inesploradas que no se consideren como viviendas de Satanás. En una esploracion que hice del alto valle del Bascan, descubrí un hemicyclo gigantesco, antigua cuenca de un lago desecado en época reciente, como lo prueban los despojos orgánicos y los cúmulos de conchas de agua dulce que cubren su fondo y revisten sus paredes, sin haber pasado aun al estado de fósiles.

En la parte de arriba de la cuenca se eleva un bloque triangular de granito, de 135 metros de altura y cuyas tres facas están atravesadas por una bóveda de 25 metros de anchura. Mientras yo dibujaba aquella masa enorme, el globo carmesí del sol apareció de repente por bajo de la arcada añadiendo así un magnífico efecto al sombrío paisaje que me rodeaba. Aquel monumento al cual la naturaleza ha dado un carácter imponente sí, pero no espantoso, es para los kirghis obra de Satanás. El ha desecado el lago y él tambien ha abierto la profunda hendidura por donde se filtraron las aguas. Yo la seguí á despecho de mi guia, curiosa como estaba de visitar un paraje adonde ningun kirghis se acerca voluntariamente.

Bajo nuestros pies bramaba el torrente invisible y sobre nuestras cabezas proyectaban las rocas á grandísima altura sus inclinadas paredes, sus recortadas y vacilantes cimas; algunas de ellas avanzaban tanto sobre la orilla que su estabilidad parecia un problema insoluble.

Al llegar á un acumulamiento de bloques apoyados sobre la base de las alturas, encontré masas enormes á que era imposible trepar. Despues de haber llegado á su estremidad, entramos en una abertura formada en el hundimiento y casi privada de luz; el guia, de buen ó mal grado, entró tambien: yo seguí sus pasos y nuestros compañeros nos imitaron. Habiendo caminado al través de aquella hendidura cerca de 50 *yardas*, salimos á la luz del sol por un pequeño reborde que domina el torrente. En frente se eleva un precipicio perpendicular á mas de 1,800 pies. Algunos arbustos crecian en las quiebras, plantas enredaderas festoneaban los bordes superiores, y en aquella masa ciclópea se abria la boca de la caverna que absorbía el rio. Allí permanecimos silenciosos y sorprendidos contemplando el torrente que bramaba en aquel espantoso abismo, con tal y tanto fragor, que dejé de extrañar la creencia que pone allí la morada de Satanás.

La boca de la caverna está formada por un arco de 50 pies lo menos de ancho y 70 de alto: el rio penetra allí por un canal ahondado en la sólida roca á 30 pies de ancho y 10 de profundidad. Una roca saliente 10 ó 12 pies forma una especie de azotea á lo largo del borde del torrente al mismo nivel del agua. Cuando pasó la sorpresa, me puse á examinar la cascada y al efecto dejé mis utensilios y armas en las rocas, siguiendo mi ejemplo los dos cosacos. El guia miraba aquellos preparativos con interés creciente; pero cuando nos vió entrar en la caverna, se estremeció de terror. A los 20 pasos de la entrada el ruido causado por la caída del agua se hizo verdaderamente horrible y una espesa niebla nos envolvió. Desde este punto la cascada se extendia en latitud y altura, pero no pude graduar sus dimensiones.

Continuamos avanzando al través de la niebla hasta cerca de 80 metros de la entrada, deseando ver saltar el rio á un espantable abismo, *negro como el Erebo*, mientras un blanco vapor lo coronaba dando al conjunto una apariencia sobrenatural.

Pocas personas pueden estar al borde de la sima sin estremecerse: era imposible oír allí una palabra, ni contemplar mucho tiempo un espectáculo demasado fuerte hasta para los nervios mas bien templados.

Elevando sus cimas los montes Alatj mucho mas allá de la zona de las nieves perpétuas y hundiendo su base en las bajas llanuras, donde no es raro ver en el estío subir á 50 grados el termómetro, tienen



Fuga y matanza de los prisioneros circasianos.

una fauna de las mas variadas. A su pie, el tigre, el verdadero tigre, saca su contribucion de los ganados nómadas; en las sinuosidades de sus altos valles el oso del Norte acecha á esos mismos rebaños, y en su defecto, al *argali* y al ciervo.

En mis escursiones por el Asia Central, he cruzado muchas veces la pista de aquellas dos fieras, cuyos rugidos turbaron con frecuencia mi sueño por las noches y no pocas veces el fuego de mi vivac se ha

reflejado en sus sangrientos ojos. Sucedió un dia que uno de mis guias, asaltado de improviso por un tigre, debió solo su salvacion al cambio de caballos que súbitamente hizo dejando el que montaba y saliendo á escape en el de mano.

Gran atractivo para los cazadores el *maral* ó gran ciervo, cuya cornamenta es muy estimada por los chinos, se encuentra en todas las regiones del macizo del Alató y de la doble cadena del Mustó; pero se



Cascada de Tchimbabac (orrente de Alató.)

necesitan hombres bravos para perseguirlo hasta el fondo de sus guaridas, al borde de los precipicios, sobre los ventisqueros y nevados picos de los montes. En invierno y primavera vive en los vallos; pero asi que los calores se insinúan, escala las alturas para escapar de los insectos. Rara vez se presentan en manadas estos animales, aunque suelen verse diez ó doce juntos al borde de un precipicio de 1,500 ó 2,000 pies de inaccesible altura.

Los he visto trepar por escarpadas rocas á pacer en la alfombra de musgo que crece en las laderas de los montes. Una vez ví uno en observacion sobre la punta de un risco, semejante á una torre gigantesca, de 6 á 800 pies de elevacion: tres de los lados de la

roca caian perpendiculares; el cuatro estrecho y accidentado se hundia por un ángulo de 60° en un profundo precipicio, cortándose á veces en tajos que hacian la ascension imposible. Sin embargo, por aquella escalera fantástica suben los *marales* á la cumbre.

Un precipicio espantoso, de 1,000 pies lo menos de profundidad y de unos 600 metros de ancho nos separaba de ellos. ¡Qué pesar para nosotros! ¿Cómo descender á aquel abismo y escalar luego la altura opuesta? Y hecha la ascension no hay duda que hubiéramos cazado algunos: para un aficionado tenia aquello algo del suplicio de Tántalo y era una tentacion de esas que lanzan á una temeridad. Pero por